

**UNIVERSIDAD CENTRAL
FACULTAD DE ARQUITECTURA, URBANISMO Y PAISAJE
CENTRO DE ESTUDIOS ARQUITECTÓNICOS, URBANÍSTICOS Y DEL PAISAJE**



José Solís Opazo.
Metrópolis, representación y melancolía.
Reflexiones entorno a “Dimensiones Urbanas II”
Revista Electrónica DU&P. Diseño Urbano y Paisaje Volumen VI N°17.
Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y del Paisaje
Universidad Central de Chile.
Santiago, Chile. Agosto 2009

Metrópolis, representación y melancolía. Reflexiones entorno a “Dimensiones Urbanas II”¹

José Solís Opazo.

A pesar de la diversidad de enfoques propuestos por los textos compendiados en este magnífico libro del área de pre-especialización en Diseño Urbano de nuestra Escuela, existe, no obstante, cierto elemento común que los atraviesa de punta a cabo. No me refiero únicamente a la inscripción disciplinaria que los reúne, ni tampoco a las ubicaciones epistemológicas de sus autores. Quisiera indicar, más bien, una dimensión común de carácter tácito, una suerte de delgada capa de escarcha que cubre la compleja trama tanto de sus narrativas como de sus gráficas que, bordeando y adosándose en los más secretos intersticios de las argumentaciones presentadas, va tejiendo silenciosamente su manto. No por que se trate de análisis desafectados respecto de sus objetos o por la rigurosa maquinaria retórica de las ciencias sociales que los caracteriza, es que estos escritos deberían adoptar el rasgo común de estar cubiertos por la helada. La temperatura no es lo que aquí se pretende destacar de ella, sino más bien tres de sus más elocuentes características. Si bien en una primera ojeada es imperceptible, la escarcha, sin embargo, deja una tenue estela de opacidad que permite aún reconocer su acción común sobre todos los objetos en los cuales suele posarse suavemente. Segundo, se trata de un efecto de superficie que, a pesar de ello, perturba profundamente la texturación de los entes que cubre, puesto que se desliza por las más alambicadas esquinas de sus pliegues. Por último, la escarcha es el acontecimiento primordial de la intemperie, fatalidad de un descampado que deja pocas posibilidades para sustraerse a su gélido influjo.

Precisamente, lo común de los textos convocados en este libro, constituye una capa casi imperceptible que, sin embargo, deja asomar una presencia fantasmal no tanto en la profundidad de la argumentaciones como en la superficie de sus dispositivos conceptuales y metodológicos de observación, y que denotaría el sometimiento a una condición ineludible, producto de un mal tiempo del cual no se está, aún, lo suficientemente resguardado. Pues bien, esta metáfora meteorológica pretende, sobre todo, representar aquella dimensión fundamentalmente anímica que cruza a todos los escritos y que se expone sutilmente en la superficie argumental, y que sería la consecuencia del acontecimiento fatal de encontrarse a descubierto en un territorio arrasado.

El filósofo neoaristotélico escocés Alasdair MacIntyre, en un libro titulado “*Tras la virtud*” utiliza una metáfora, si bien distinta a la que aquí proponemos, al menos es similar en lo relativo a la situación de arrasamiento propio de un estado de intemperie. “*Imaginemos –dice MacIntyre- que las ciencias naturales fueran a sufrir*

¹ Texto correspondiente a la presentación del libro “*Dimensiones Urbanas Vol. II. Santiago. Lugares apropiados y lógicas de apropiación.*”, realizada en la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Paisaje de la Universidad Central, Santiago, Octubre de 2008.

los efectos de una catástrofe. La masa del público culpa a los científicos de una serie de desastres ambientales. Por todas partes se producen motines, los laboratorios son incendiados, los físicos linchados, los libros e instrumentos, destruidos. Por último, el movimiento político "Ningún-Saber" toma el poder y victoriosamente procede a la abolición de la ciencia que se enseña en colegios y universidades apresando y ejecutando a los científicos que restan. Más tarde se produce una reacción contra este movimiento destructivo y la gente ilustrada intenta resucitar la ciencia, aunque han olvidado gran parte de lo que ella fue. A pesar de ello, poseen sus fragmentos (...)"². La imagen de un naufragio como el que MacIntyre nos propone para una ciencia devenida pura ruina y fragmentación, bien podría ser el semblante de lo que se ha denominado como post-modernidad. La metáfora del desastre podría también caracterizar la entronización triunfante del neoliberalismo tras el derrumbe del Estado de bienestar y, más cercano aún a nuestra propia realidad nacional, puede ser perfectamente la figura de nuestra era post-dictatorial. Al igual que en "Tótem y Tabú" de Freud, en donde la muerte del Padre por obra de la comunidad totémica es celebrada y llorada al mismo tiempo, pareciera que la fiesta del fin de la modernidad –y del urbanismo- ha tocado fondo conduciéndonos a un inevitable acto de lamentación. Sin embargo, y en esto siguiendo también al viejo Freud, el lamento no se reduciría sólo al reconocimiento de lo perdido, sino también a su posible desconocimiento. En ello estribaría, en efecto, la diferencia entre el duelo y la melancolía. Precisamente el estado anímico que cubre la superficie de los textos inscritos en este libro, viene a ser primordialmente un lamento melancólico puesto que, como la escarcha, se constituye en la invisibilidad del objeto perdido.

Pues bien, lo que justamente pareciera no ser tematizado y, por ende, invisible para estos escritos es aquello que, no obstante, exuda en sus superficies discursivas como el imperceptible efecto de arrasamiento que la muerte de la modernidad, el neoliberalismo y la postdictadura han sellado dérmicamente en todos ellos. Al igual que en el relato de MacIntyre el urbanismo, como ciencia despedazada tras el naufragio de lo moderno, intenta trabajosamente la reconstitución de su objeto pero viviendo, al mismo tiempo, el olvido de su original semblante, encontrándose sólo con sus fragmentos. De hecho, la descripción a posteriori de toda verdadera catástrofe está inevitablemente determinada por los propios efectos del desastre que se intenta objetivar. Similar estado de cosas es el que Idelber Avelar caracteriza para a la situación postdictatorial chilena. Según este autor, las significaciones atribuidas al golpe militar realizadas por las teorías social-científicas dominantes durante los 90', tendieron siempre a identificar dictadura con autoritarismo, lo que inevitablemente condujo argumentar que, tras la derrota de la dictadura, era posible la emergencia de una verdadera alteridad a lo que el golpe de Estado había producido. El alcance de dicha alteridad, la democracia, justificaría en gran medida el ideologema concertacionista de la "transición". Según Avelar, en rigor *"el regreso a la democracia no implica en sí un tránsito a ningún otro lugar más que aquel en que la dictadura nos dejó. "Transición a la democracia" significó, en este sentido, nada más que la legitimación jurídico-electoral de la exitosa transición llevada a cabo por los militares, es decir, la ecuación última entre libertad política para el pueblo y*

² Macintyre, Alasdair; *"Tras la virtud"*. Editorial Crítica Grupo editorial Grijalbo S.A., Barcelona 1987, pág. 12

*libertad económica para el capital (...).*³ En definitiva, la lectura sociológica y política de la transición a la democracia es ella misma una lectura afectada por la catástrofe de la dictadura, que culmina ocultando –o encriptando- a la verdadera y única transición ocurrida en Chile, que es la que el golpe inicia mediante el giro forzado que va desde la ingerencia del Estado a la del Mercado.

Del mismo modo, el tácito rasgo común que hilvana los escritos a lo largo del presente libro es, justamente el neoliberalismo, el único y verdadero sitio al cual hemos transitado como país. Su presencia en ellos, sin embargo, no es homogénea sino que se manifiesta en distintos grados dentro de los cuales podemos reconocer, al menos, tres modalidades. La primera, es aquella en donde el modelo es concebido explícitamente como el marco social y económico dominante que actuaría como telón de fondo para la comprensión de los procesos multidimensionales de lo metropolitano, como además ser el punto de referencia ineludible para toda intervención urbana. La segunda modalidad es aquella en que el neoliberalismo, más que mediante una tematización previa, es expuesto a través de los efectos que su impronta va dejando en el espacio y en la convivencia de la ciudad. De hecho, en la primera dimensión podríamos ubicar el trabajo de la *“Desmemoria de las centralidades cívicas”*, junto al *“Diagnóstico de la deseabilidad espacial y programática del tiempo libre y el ocio”*. En la segunda dimensión se podrían inscribir prácticamente todo el resto de los textos, destacándose en este particular rango, el *“Medio rural metropolitano”*, *“La frágil identidad de las comunas”*, *“Barrios de Santiago, ruptura o continuidad”* y los *“Centros de Intercambio”*. No obstante la arbitraria y tentativa clasificación anterior, podríamos decir que estos dos niveles de expresión del modelo neoliberal, cruzados y compuestos en distintos grados, componen casi la mayoría de estos seminarios, denotando lúcidamente la ineludible presencia que el tratamiento del Modelo debe tener a la hora de los diagnósticos y las proposiciones de intervención. Sin embargo, y es aquí donde quisiera detenerme, habría un tercer nivel de presencia del modelo neoliberal que se caracterizaría por una condición más bien implícita y espectralmente dispuesta en la planicie argumental. Básicamente, todos los textos se inscribirían en este último orden, destacándose en este registro sobre todo el de las *“Prácticas cotidianas”*, *“El medio rural metropolitano”*, *“La frágil identidad de las comunas”*, y *“La ciudad como proyecto educativo.”* Lo que determinaría prácticamente a todas estas investigaciones, es el problema de la representación de la ciudad, siendo la apuesta común de todas ellas el proponer nuevos y variados recursos representacionales de la realidad urbana. Pues bien, habría que señalar, en primer lugar, que el problema de la representación de la ciudad es la expresión misma de lo que podríamos denominar como “condición neoliberal”. En segundo lugar, habría que afirmar que esta condición se ha vuelto fundamentalmente espectral al depositarse en la superficie de lo representacional, imposibilitando, en alguna medida, un tratamiento explícito del asunto por parte de la propia teorización urbanística postdictatorial. Por último, es necesario plantear

³ Avelar, Idelber; *“Alegorías de la derrota: La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo”*. Editorial Cuarto Propio, Santiago 2000, pág. 85

que dicho modo de manifestación fantasmal del neoliberalismo, no sería sino el síntoma de un ánimo melancólico que embargaría a la propia reflexión que tanto el urbanismo como la teoría arquitectónica contemporáneas desarrollan al insistir en la experimentación de nuevos métodos y recursos representacionales de lo metropolitano.

Sin ánimo de reducir este complejo asunto, quisiera perfilar aquí algunas reflexiones que apunten a reconstruir este supuesto nexo entre representación y neoliberalismo. Aunque dicha tarea, sin duda, excede los marcos de esta presentación, ello no obsta a que intentemos algunos pasos en tal dirección. Primeramente, habría que señalar que dicho vínculo no es en absoluto directo dado que se encuentra mediado, fundamentalmente, por lo que Lyotard denominó en su momento como “condición postmoderna”. En su ya clásico ensayo del mismo nombre, Lyotard desarrolla un conjunto de tesis relativas a fijar el perfil de legitimación que la ciencia contemporánea tendría y que se distinguiría de su origen moderno. En efecto, la ciencia moderna en su intento por desbancar al mito religioso como marco de legitimación del poder monárquico, finalmente tuvo que recurrir a otra mitología para sostener su nueva legitimidad, proporcionada, esta vez, por el metadiscurso del progreso. Pues bien, la condición postmoderna vendría a cifrar el acontecimiento por el cual la ciencia contemporánea ya no requeriría del metarrelato progresista para legitimar sus operaciones. Tras el derrumbamiento de los fines emancipatorios de la ciencia moderna, dispuesto en el relato del progreso, todo el hacer investigativo actual comienza a justificarse mediante la mejora performativa de sus procedimientos y métodos, de modo que el criterio de eficiencia de los medios, viene a reemplazar a la altura política y epistemológica de los fines. Este virtual desplazamiento de los fines hacia los medios es posible de encontrar, análogamente, en la propia teoría de la arquitectura desarrollada, justamente, a partir de la progresiva caída en descrédito de los postulados del Movimiento Moderno. Ejemplo de ello es el empeño del deconstructivismo angloamericano que liderado por Peter Eisenman, declara la muerte de la representación para efectos de liberar, por fin, a la arquitectura del dictado heterónimo de los fines sociales y políticos que otrora había abrigado la Arquitectura Moderna. Según las convicciones de Eisenman, una arquitectura verdaderamente autónoma deberá regirse por sus propios principios, concentrando todos los esfuerzos investigativos ya no en la subordinación de su hacer a algún cometido extra-disciplinario de orden ético o político, sino en los propios recursos y métodos de proyectación arquitectónica. El fin de la representación en arquitectura se llevaría a cabo, para Eisenman, justamente en el momento en que la investigación centrada en la proyectación y en los recursos representacionales sea asumida como acción ficcional, convirtiéndose dicha indagación en el leitmotiv privilegiado de la teorización arquitectónica. Precisamente, la reducción de la teoría de la arquitectura a una teoría del proyecto constituye el marco conceptual de toda la escena dominante de la actual neovanguardia internacional, obsesionada hasta el delirio en la investigación de nuevas estrategias de diseño, registro y notación arquitectónica. El efecto que este desplazamiento de los fines hacia los medios genera en la arquitectura, sería una

progresiva despolitización de su discurso al momento de volverse adicto al problema de la representación, identificando dicha problematización con la esencia de la autonomía disciplinaria. Si bien los recursos representacionales podrían convertirse en instrumentos de indagación y rastreo de la realidad política de la ciudad y lo cotidiano, deberán ser considerados en sí mismos como autónomos y a-políticos. En este preciso punto de despolitización de lo representacional al ser considerado como recurso autónomo, es donde se produce, a mi entender, la ilusión de desvinculación entre neoliberalismo y representación. Por cierto, para poder volver a rearticular este vínculo es completamente necesario mediarlo a través del criterio postmoderno de la performatividad, en donde los medios se convierten en los fines. Efectivamente, el carácter de autonomía procedimental de las disciplinas contemporáneas legitimadas por la performatividad de los medios instrumentales, es justamente lo que Idelber Avelar caracterizaría como uno de los principales síntomas del tránsito del Estado al Mercado, en lo relativo al saber académico universitario: *“El diferendo entre técnicos e intelectuales,- dice Avelar- aunque incierto y cambiante, sería esencialmente irreductible: mientras que los primeros intervienen sólo en cuanto estén legitimados por la normatividad de un campo específico, los segundos necesariamente cuestionarían la previa división del conocimiento, requisito mismo para la constitución de áreas particulares. Si el técnico instrumentaliza un conocimiento específico para comprender un objeto dado, el intelectual pensaría necesariamente en la totalidad que hace posible la formación de objetos particulares, o sea, el objeto de la reflexión intelectual sería el fundamento mismo, principio último, suelo no circunscrito sino por sí mismo.”*⁴ Es necesario agregar que los actuales énfasis académicos en favor de la transdisciplinarietà de la arquitectura, no vienen a desmantelar su autonomía disciplinaria sino más bien a reforzarla volviéndola más eficiente, al momento de incrementar la constante experimentación en los recursos proyectuales y representacionales. De hecho, paradójicamente, nunca antes en la teoría de la arquitectura había existido tanta contaminación con la filosofía, la literatura y otras disciplinas, como en la escena inaugurada por el postestructuralismo angloamericano al cual el propio Eisenman se constituye en fundador. En consonancia con sus propios planteamientos, la arquitectura no se desangra hacia su exterior en miras a fusionarse con lo “Otro”, sino que, más bien ejerce la importación de lo “Otro” para que, una vez recontextualizado en el campo autónomo de la arquitectura, incremente la eficiencia experimental de los medios. En otras palabras, cuando Eisenman lee a Derrida, sólo encuentra a Eisenman entre las líneas su filosofía.

Junto con el carácter de autonomización técnica de las disciplinas que, según Avelar, marcan la impronta neoliberal del ejercicio universitario, debemos reforzar esta tesis con los argumentos de uno de los más reconocidos ideólogos del modelo. En un libro titulado *“Las nuevas realidades. En el Estado y la Política, en la Economía y los Negocios, en la Sociedad y en la Imagen del Mundo”* el padre

⁴ Avelar, Idelber; op. cit. pág. 25

fundador del management contemporáneo, Peter Drucker, creador de los conceptos de “sociedad del conocimiento”, “privatización” y “emprendimiento” nos dice lo siguiente: *“El pluralismo no es nuevo. Desde luego, la mayoría de las sociedades han sido, a lo largo de la historia pluralistas. Pero hay una diferencia crucial entre cualquier pluralismo anterior y el actual. Todos los pluralismos anteriores se han basado en el poder. El presente es el único basado en la función⁵ (...) El nuevo pluralismo de la sociedad se orienta a la función y a la eficacia. Es un pluralismo de organizaciones de objetivo único, cada una de las cuales se refiere a una tarea social: creación de riqueza, escolarización, sanidad o formación de la juventud en valores y hábitos. Este nuevo pluralismo de la sociedad es totalmente apolítico.”⁶ (...) “Y como hasta los rusos han aprendido, una empresa será eficaz –incluso de modo deficiente- sólo si funciona como institución autónoma y, sobre todo, como una empresa, sea de propiedad privada o nacionalizada”⁷*

Pues bien, una disciplina académica centrada fundamentalmente en buscar la eficacia de sus procedimientos instrumentales para legitimarse performativamente, no puede sino volverse partidaria de la pretendida apoliticidad empresarial que Drucker pregona. Por ello, el énfasis contemporáneo en la teoría del diseño y los recursos representacionales de la arquitectura oblitera, bajo el ideologema neovanguardista de la autonomía, el profundo acuerdo político que mantienen tales recursos con el neoliberalismo en el preciso momento de declararse autónomos y, por tanto, despolitizados. Por esta razón es que, justamente, el neoliberalismo se encontraría básicamente espectralizado y oculto en los énfasis relativos a los métodos de representación y registro de la realidad metropolitana que podemos ver, por ejemplo, en la mayoría de estos seminarios. En ninguno de ellos estos métodos son asumidos ni problematizados en sí mismos como síntomas o efectos de la nihilización neoliberal, sino que más bien son considerados como instrumentos neutros y autónomos, funcionales a la necesidad de visibilizar los efectos que el modelo neoliberal ha generado en la ciudad actual. Esto es particularmente patente en el trabajo que abre el presente libro, titulado *“Prácticas cotidianas. Algunos instrumentos para un estudio de las últimas transformaciones de la vida urbana”*. Efectivamente, en él, la discusión se centra en la necesidad de indagar nuevos dispositivos de representación que permitan hacer visibles ciertos acontecimientos que evidenciarían las transformaciones territoriales, ejercidas por el modelo a nivel de lo cotidiano. Justamente porque se convierten en instrumentos para visibilizar los efectos neoliberales en el territorio, es que el propio marco representacional utilizado para ello, se sustrae a la posibilidad de vislumbar, en sí mismo, la huella que el modelo ha dejado en él. Las lógicas de representación, en todas las versiones que en estos seminarios se dejan leer -las cartografías, esquemas, notaciones, retratos hablados del territorio,

⁵ Drucker, Peter F.; *“Las Nuevas realidades. En el Estado y la Política, en la Economía y los Negocios, en la Sociedad y en la Imagen del Mundo”*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1995, pág. 12

⁶ *Ibíd.*; pág. 118

⁷ *Ibíd.*; pág. 120

registro fotográficos de la iconicidad barrial, etc.- todas ellas son, en alguna medida, deudoras de los insumos conceptuales de la neovanguardia internacional dominante, que tienen su origen en el deconstructivismo norteamericano y que ha alojado su sede programática en la Architectural Association de Londres. El experimentalismo representacional asumido como piedra angular de la demanda de autonomía de la arquitectura, se ha encriptado, por esta vía, en la propia disciplina del urbanismo, volviendo invisible la participación de dicho experimentalismo en la catástrofe neoliberal que, por lo visto, no sólo ha afectado y fragmentado a la ciudad, sino que también a los propios recursos que pretenden representarla. Lo que está en ciernes en este asunto es la posibilidad misma del urbanismo como disciplina, puesto que no sólo su objeto de estudio se le escurre, sino que la propia instrumentación representacional que permite esbozarlo se le ha vuelto opaca al no poder distinguir el vínculo entre experimentalismo formal y neoliberalismo. Ahora bien, en la inadvertencia de este hecho, el urbanismo contemporáneo no puede sino habitar en la melancolía, puesto que no logra ver el objeto de su pérdida precisamente por su extrema cercanía, al tenerlo enquistado en su propia manera de construir representacionalmente a su campo de estudio.

Al igual que en la postdictadura que absorbe y sobredetermina al mismo discurso que intenta explicar el golpe de Estado, o como en el relato de MacIntyre en donde, tras la destrucción de la ciencia, el intento por reconstruirla desde sus fragmentos se vuelve infructuoso debido al olvido de su original semblante, el urbanismo vive en su propia economía representacional los efectos del arrasamiento y el descampado neoliberal. No es casual que para sus observaciones la ciudad contemporánea siempre aparezca como discontinua, fragmentada y caótica, en definitiva inconmensurable, sublime y resistente a toda totalización, al mismo tiempo de asumir su representación también bajo la convicción de lo parcial y fragmentario de sus cartografías y diagramas, o mediante el intento trágico de representar lo que, por definición, es invisible, como son los intentos de mapear las inventivas de lo cotidiano definidas por Michel De Certeau. Por cierto, la tragedia de la representación de las prácticas cotidianas, radica en que toda representación y, más aún, aquella que la arquitectura y el urbanismo pretenden realizar, no puede sustraerse completamente de sus vocaciones estratégicas, totalizantes y proyectuales, disolviendo en el momento mismo de representarlas, el carácter táctico e imperceptible de la inventiva de lo cotidiano. Si el urbanismo no vislumbra que la derrota no sólo está en la ciudad sino en el propio arsenal que le permite visibilizarla, estará condenada a estar inmanentizada en esta tragedia de la representación. Es por ello que, toda vez que el experimentalismo de los recursos representacionales sea visto por el urbanismo como puro instrumento de observación, estará inevitablemente condenado a la melancolía. Es necesario que el urbanismo realice el duelo, y ello requiere, forzosamente, aceptar que lo perdido y derrotado tras el avance neoliberal no es sólo la comunidad política y su territorio, sino además admitir que la pérdida se encuentra alojada en sus propias maneras de representar y construir su objeto de estudio.

Jacques Rancière, filósofo político contemporáneo, parece darnos algunas pistas respecto para este desafío. En una conferencia dictada en Santiago en la Universidad ARCIS a fines del 2005, titulada *“El viraje ético de la estética y la política”* expone dos modos en que el arte contemporáneo se encontraría primordialmente atrapado en un atolladero similar. Por un lado, estaría la *“ética soft”* del arte relacional, donde éste adquiere el modelo de la política de los consensos y que, finalmente, es afín al imperativo de la gobernabilidad. Justamente, la estética relacional sería, de algún modo, continua a los enfoques habermasianos de la consensualidad socialdemócrata, en plena sintonía con el discurso de la sustentabilidad y los equilibrios macrosistémicos. Por otra parte está la *“ética hard del mal infinito y de un arte dedicado al duelo interminable”*⁸, en donde lo artístico queda atrapado en la tarea melancólica de catastrar la condición irrepresentable del holocausto que divide la historia occidental bajo el convencimiento de que *“después de Auschwitz, no es posible la poesía”*. En efecto, los énfasis representacionales del urbanismo contemporáneo, tal como aquí hemos intentado describir, también se encuentran, de algún modo, divididos en dos vías análogas a las expuestas por Rancière. La *“ética soft”* del urbanismo estaría dada en la representación de la ciudad que, justamente, los recursos de la teoría de sistemas proporcionarían a la hora de dominar la complejidad metropolitana, modelo finalmente continuo al discurso de la gobernabilidad que Avelar define como inmanente a la legitimación post-dicatorial del modelo neoliberal: *“Ninguna otra palabra -dice Avelar- resume de modo tan sucinto el rol de las ciencias sociales en la legitimación de la transición epocal. La gobernabilidad es un problema que, por definición, sólo puede ocupar a los vencedores. Para los vencidos no hace falta decir que la cuestión de la gobernabilidad no se plantea. Desde el punto de vista de los vencidos, en el concepto mismo se vislumbra una complicidad irrevocable con los vencedores.”*⁹ Un urbanismo agenciado en el marco de la teoría de sistemas, no hará más que alentar y reproducir el imperativo, también sistémico, de la gobernabilidad quedando, con ello, completamente subordinado al neoliberalismo vencedor. Por otro lado, la *“ética hard”* del urbanismo sería aquella que queda atrapada en lo que definimos como la tragedia de la representación y que no hace sino convocar indeclinablemente a la melancolía. Frente a esta doble condición del viraje ético que Rancière vislumbra para la economía de la representación, propone la necesidad de salir del atolladero devolviendo a la política y al arte *“su carácter de cortes siempre ambiguos, precarios y litigiosos. Este trabajo supone en todo caso una condición esencial, que es sustraer las invenciones de la política y el arte a toda teleología del tiempo, a todo pensamiento de trauma original o de salvación por venir.”*¹⁰

¿Qué significa para el urbanismo recomponerse en lo litigioso, más allá del destino de concentrarse en sus recursos representacionales, como su más urgente y

⁸ Rancière, Jacques; *“El viraje ético de la estética y la política”*. Editorial Palinodia, Santiago 2007, pág. 46

⁹ Avelar, Idelber; op. cit. pág. 85-86

¹⁰ Rancière, Jacques; op. cit. pág. 49

fundamental tarea? Por lo pronto, se trataría, al menos, de poder vislumbrar la imperceptible escarcha que cubre la superficie de los procedimientos formales que le permiten construir su objeto. Develar esta delgada piel que oblitera su verdadera derrota, será el primer paso para poder soportar, sin lamentación melancólica, el naufragio que la intemperie neoliberal le ha cifrado inevitablemente.